

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Cómo obramos los católicos

Los crímenes del sectarismo

¡OÍD, TRABAJADORES!

Que la asociación es una necesidad, es indudable, y así vemos que los hombres se asocian lo mismo para el bien que para el mal. Ahora bien: de este derecho, de esta necesidad, en la ejecución de los actos de aquellas sociedades que para el mal fueron fundadas, hay que excluir a las víctimas, o sea aquellos que inconscientemente, a impulsos de otro, obrando criminalmente sin saber lo que se hacían, a la voz del capdillo que grita revolución y vierte en los oídos de los desgraciados, de aquellos que a más de la carga del hambre tienen la desdicha de dormirse en su incultura, el veneno del odio, diciendo: «Tú serás rico, pero has de matar.»

¡Malditos mil veces los que a sabiendas causan destrozos morales y materiales en infelices que se olvidan llamándose sus compañeros, y gozan y triunfan a su costa, y sonríen canchalescamente ante los despojos de sus hermanos! Ahí está la sociedad para el mal que nosotros, trabajadores católicos, hemos de combatir mientras nos quede un hálito de vida, porque con esto hacemos dos beneficios inmensos, que el Cielo premia siempre: desterrar la incultura educando al hermano y arrancarle del crimen volviéndole a su ser, para que no sea juguete ni un momento más de tiranos y politicastro.

Ved los sucesos de La Unión, donde la sangre del obrero ha sido vertida; mirad la huelga de Barcelona; y fríamente pensad en la labor de cuatro malos patriotas. Guerra maldita que arrasa lo más bello de la Creación, que mutila a los seres y todo lo envuelve en torbellino arrollador; hambre del espíritu en nuestro suelo, pauperismo el más atroz, cuando también al cuerpo todo le falta, y encima acaparadores de la sangre más generosa que darse pudo, de la sangre española, rata de valientes algún día, sin de cohardes hoy para barter la asociación del mal. No, quien

no quiere a la Iglesia no quiere a la Patria; quien en manos del que de todo carece, en vez del pan con que saciar su apetito, le pone una *browning*, es miserable reptil que no supo mirar nunca a lo alto, y de ahí el éxodo en Cataluña para ir a Francia los hijos de esta tierra en calidad de bestias; de ahí los hermanos muertos que, infelices, en La Unión, asaltan la fábrica para destruir los útiles del trabajo, para que no se muevan jamás, y después poner su pecho a las balas de la tropa.

En el Cielo aún brilla luz, aún se ve el camino de la vida noble, sosegada, que nos traza su ruta inmensa, y el mundo todo está ciego, y en su ceguera tropieza y cae para volver a levantarse y luego ser el golpe mayor. ¡Qué influjo poderoso el de las hienas que propagan la asociación del mal! Materialistas que todo lo veis aquí abajo, mirad, escuchad las detonaciones, ved el resultado que os proponiais; ¿qué habeis hechos, pobres gusanillos? ¿Donde está el resultado práctico de vuestras doctrinas que a todos han de consolarnos? ¿Donde? En ninguna parte.

Si emigrando, escuchad los ayes de nuestro connacionales, su angustia, los suspiros por la Patria querida...

Ahí los tenéis, están muy lejos; sus reclamaciones para mejorar de sueldo, pidiendo otro trato que no sea el que se da a los negros, son contestadas con el *maüser* y los que no pueden más buscan la muerte en el fondo de las aguas.

Aún no es tarde, pues que la asociación del bien vive, y sus hijos cantan y entonan plegarias, al mismo tiempo que nuestra pobre Patria mueve los brazos llamando a sus hijos, y la Iglesia, lo único indestructible, alza sus torres muy lejos, más allá de las nubes, y a su sombra, a su regazo, aumenta por momentos el número de los humildes: son los hijos del trabajo que no emigran, que huyen de las balas y de la revuelta, porque ya no tienen venda en los ojos y han conocido a los traidores, a los adoradores del diés dinero. En el campo católico social se oyen armonías an-

géllicas, abrazos de unión muy apretados, y también como a la Patria, se mueven nuestras manos llamando a los hermanos, algo más que compañeros, frase en desuso, hermanos a la fuerza, porque procedemos todos de un mismo Padre... Así SOMOS NOSOTROS.

JOAQUÍN HERRAZ.
Obrero tipógrafo

¡Bienaventurados los pobres de espíritu!

El señor, con ojos tristes y aburridos, contempla, desde su magnífica galería de cristales, el jardín.

Hay en él plantas raras y árboles de todos los países, rosales siempre en flor y surtidores que manan incesantes.

El jardín es un prodigio, como un prodigio son los salones inmensos de la casa.

Mas el señor se aburre en ellos, y ahora con ojos tristes contempla su jardín.

Los alza, luego, y mira indiferente la hilera de ventanas, humildes y pequeñas que, sobre el tejado, se abren allá arriba. Y una de ellas una ventanita blanca y llena de verdor, atrae con insistencia sus miradas.

Es un diminuto jardín colgante, no tan maravilloso — ¡claro está! — como aquellos famosos de Babilonia, pero tal vez más alegre, más amado, más íntimo.

¿Cómo podrán caber tantas macetas en tan poca ventana?

Y por la costumbre de mirar hacia aquel sitio un día y otro día, el señor pudo hacer el enorme esfuerzo de preguntarse quién podía vivir allí.

Debía saberlo, eran inquilinos suyos. De aquellas alturas bajaba también un tenue y casi despreciable hilillo de renta, pero renta al fin.

—¿Quién vivirá?... ¡Aquella mujer coja que se empeñó en esperarme en el patio para hablarme?... No; me acuerdo que me dijo que su ventana no daba a este lado... El administrador sabrá...

Pero no se lo preguntó, no quiso preguntárselo a nadie, sino que — ¡oh inexplicables caprichos del tedio! — él mismo se fué a la

escalera de los desconocidos y a subir por allá, venga a subir, venga a subir...

Todo el tráfago de la pequeña habitación se condensaba en aquella hora del día.

Mientras su hombre, en el fondo de la alcoba, se lavaba y se limpiaba un poco antes de sentarse a comer mientras la gente menuda volvía de la escuela, ella diligente, afanosa, iba del hogar a la mesa, de la mesa al hogar...

De pronto sintió llamar a la puerta.

No, sus pequeños no eran, ellos no tenían llamar tan quedo.

Limpiándose las manos con el delantal salió a abrir... ¡Cielo santo! ¡El amo por aquellas alturas!

—¡Manuel! ¡Manuel! — gritó — sal pronto.

Salió Manuel, joven vigoroso, con su azul trajeillo de obrero.

—Subía a ver vuestro jardín — dijo el señor.

—¡Nuestro jardín! — exclamaron los dos, sin comprender.

—Sí, las macetas.

Y aquel rico que allá abajo poseía un grande y bien cuidado parque, que tenía una infinidad de plantas raras bajo los cristales de sus invernaderos, que disponía de los mil caprichos de la moda y el lujo, se acercaba ansioso a una ventana para mirar de cerca unas pobres macetas, unas flores que tan sólo se abren cuando los humildes las cuidan y las riegan.

Di a, Carmen, lo que son — dijo el obrero.

No valen nada, señorito... ¡Por Dios, qué vergüenza me da que se fijen sus ojos en eso que no le merece! — exclamó Carmen. — Eso es geranio; esto una clavellina que da claveles de tres colores, esto es zarza de San Francisco, da flores sin espigas, y ¡ve usted! ya casi ha rodeado en arco toda la ventana; en esta maceta tengo madreselva, y en ésta albahaca, y en esa que está colgada hay violetas y una orcadalera.

El señor contemplaba extasiado, contemplaba las flores que allí parecían más brillantes, la luz que lo inundaba todo más sagadora, el cielo que se abría más